

A cien años de la primera revolución política del Siglo XX

¿Continúa cabalgando el mito del líder revolucionario?

Teresita Jiménez Flores*

El triunfo de Vicente Fox en las elecciones presidenciales del año 2000 vino a constituir un hito histórico en el panorama de la política mexicana. Con él, por primera vez en 72 años, llegaba a la Presidencia de la República un candidato ajeno al Partido Revolucionario Institucional (PRI), heredero consanguíneo de la misma revolución. Con el triunfo de Fox, México no sólo entró en la tan ansiada alternancia democrática, sino que por igual, fue el inicio de un experimento con el que se vislumbraba el derrumbe del ideario revolucionario encarnado por el PRI, el cual, a juicio de muchos autores, formó parte de las estructuras de dominación tradicionales.

A escasos días de las elecciones del dos de julio en el año 2000, en un coloquio convocado para conmemorar los 50 años de El Laberinto de la soledad, el conocido y connotado antropólogo mexicano Roger Bartra, en sus palabras como panelista invitado, expresó: “Porque estamos por salir de esa desdichada época donde dominaba el sistema político mexicano apuntalado por el nacionalismo revolucionario”¹.

Ya antes, mucho antes, el mismo Bartra en *La Jaula de la melancolía* (1987), texto dedicado a explorar el alma del mexicano, había dicho:

Hoy las cosas están cambiando, y los mexicanos comienzan a impacientarse por la ausencia de democracia. (.). Me interesa entonces mostrar críticamente la forma que adopta el mito a fines del siglo XX, pues me parece que los mexicanos debemos deshacernos de esta imaginaria que oprime nuestras conciencias y fortalece la dominación despótica del llamado Estado de la Revolución mexicana. (.). ¿Vamos a entrar en el tercer milenio con una conciencia nacional que es un poco más que un conjunto de harapos procedentes del deshuesadero del siglo XX, mal cosidos por intelectuales de la primera mitad del siglo XX que pergeñaron un disfraz para que no asistamos desnudos al carnaval nacionalista? (p. 17)

La presencia del ideario revolucionario y de los mitos que con ella nacieron, resulta innegable en la sociedad política mexicana del presente. Para las elecciones del año 2000, tres de los ocho partidos legalmente registrados ante el Instituto

Federal Electoral (IFE), ostentan el remoque de “revolucionario” (PRI, PRD² y PARM³); la insurgencia armada que detona en Chiapas en el año 1994 invoca a Emiliano Zapata como ideal de su movimiento y, a su vez, en la compleja urbe metropolitana de la Ciudad de México nacen “Los villistas”, una aguerrida asociación civil que reclama, en nombre de Francisco Villa, las más elementales reivindicaciones sociales. Como bien concluye Bartra en su libro, “una parte esencial de la explicación de legitimidad del Estado Mexicano moderno radica en la redes imaginarias del poder político” (p.17).

La tesis de Bartra coincide con la de otros autores muy respetados y apreciados en la academia mexicana. Daniel Cosío Villegas, en un célebre trabajo publicado en año 1946, titulado *La crisis de México*, anunciaba ya la muerte de la Revolución Mexicana como proyecto político, más no como símbolo de la tradición mexicana, ideal victorioso de la rebelión. Así mismo, años más tarde, Octavio Paz (1950) diría que a diferencia de los héroes de la Reforma que son héroes de oficina pública los héroes de la Revolución, pese a la brutalidad y zafiedad de sus caudillos, son mitos populares que cabalgan en los corridos, en las ferias, en los ideales de los mexicanos.

En el artículo ya citado, Daniel Cosío Villegas (2000) sostiene que la Revolución Mexicana fue el alzamiento de una clase pobre y numerosa contra una clase rica y escasa, y en tanto que la riqueza del país era agrícola, se erigió como un movimiento en contra de los grandes terratenientes. “la Revolución Mexicana fue más campesina que obrera en sus principios; pero como tuvo siempre un carácter popular, bien pronto hizo de los obreros uno de sus sostenes más socorridos” (p. 32). De ese carácter rural nació uno de los más fuertes principios revolucionarios: luchar en contra de los jefes políticos y caciques porfiristas.

Victoria Lerner (2000), docente adscrita al Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), coincide al afirmar que la

¹ Diario Reforma 13 de mayo de 2000.

² Partido de la Revolución Democrática

³ Partido Auténtico de la Revolución Mexicana



Revolución Mexicana fue un movimiento en gran medida rural, donde el vacío de poder generado con la desaparición del régimen porfirista y el caos revolucionario, dio paso al surgimiento de nuevos caciques y caudillos que guiaron a las masas en la lucha armada. Es el semillero, según la autora, de un régimen autoritario corporativista basado en una alianza entre el poder y las principales organizaciones populares, como la Confederación Nacional Campesina y la Confederación Nacional de los Trabajadores, fundamentalmente.

En el año 1950, Octavio Paz, en su tan celebrado y criticado *Laberinto de la soledad*, reflexiona sobre la “obediencia ciega al presidente en turno” y que, por tanto, “cualquier crítica a su política se convierte en un sacrilegio”, veneración ésta que “desaparece al ceder el puesto a su sucesor”. Esta devoción, sustentada en los atributos cívicos más no personales del presidente en turno, que es a su vez fuente de relaciones poco democráticas, es la mejor expresión del denominado autoritarismo.

Estos trabajos, escritos con propósitos distintos y enfoques igualmente disímiles, convergen en un aspecto central: la capacidad del ideario revolucionario y sus mitos para atravesar “grupos antagónicos y horas diversas”, como diría Paz; de cohesionar eficazmente a la nación en un proyecto político que tal vez no terminó de llegar pero que algún día habrá de venir.

Si, como expresa Bartra, “la Revolución de 1910 fue un estallido de mitos, el más importante de los cuales es precisamente el de la propia Revolución” (p. 188), sería interesante reflexionar cómo se comporta el mito a cien años de su nacimiento.

En sintonía con la tendencia de subsumir el comportamiento electoral del mexicano al autoritarismo, podríamos preguntarnos ¿significó el triunfo de Vicente Fox el despojo de esa herencia revolucionaria, de ese universo simbólico y de significaciones sociales fuertemente arraigadas en la población y que han configurado la percepción de las relaciones políticas?

Asimismo, ¿el autoritarismo revolucionario cedió su puesto para dar paso relaciones más democráticas?, ¿significó la alternancia el fin de los mitos e ideario que a juicio de muchos la frenaban?

Estas interrogantes las contrastamos con los resultados de dos estudios que gozan de aprecio académico por su seriedad. El primero de ellos es la Encuesta Mundial de Valores⁴ (EMV) correspondiente al capítulo México del año 2000⁵. El segundo estudio fue desarrollado bajo la iniciativa del IFE y encomendado al Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, que se denominó “Ciudadanos y cultura de la democracia. Reglas, instituciones y valores”⁶ (EIFE).

En la EMV, 44% de los encuestados considera que sería bueno “tener un líder fuerte en el gobierno, que no se preocupe por negociar con el Congreso ni por las elecciones”. Esta opinión, cuatro años antes, arrojaba un porcentaje menor, del 38%. Sobre este aspecto la EIFE pregunta: “En su opinión, es verdadera o falsa la siguiente frase: “a este país lo que le hace falta es un líder fuerte”, a lo cual 76 % respondió afirmativamente, y 21% negativamente. Otra pregunta que nos puede ayudar a explorar el autoritarismo es la siguiente, igualmente formulada en la EIFE: “¿quién cree usted que está más capacitado para ser presidente de México, una mujer, un hombre o ambos?”, 46% respondió un hombre, 37% ambos y 14% una mujer. Es pertinente destacar que las respuestas de las mujeres fueron, en su mayoría, a favor de la opción “un hombre” (44%), mientras que los hombres se autoconcedieron 49%. En los resultados de la EIFE se destaca un aspecto en particular, que podemos vincular con el de “líder fuerte”, y es el referido al respecto a las leyes. Dos preguntas se formulan en relación al mismo tema, la primera: “Si un hombre mata a alguien y las autoridades no hacen nada, ¿los miembros de la comunidad deben tomar o no en sus manos el castigo?”, a la cual 56% negó tomar la justicia en sus propias manos, pero un preocupante 40% consideró que sí; mientras 3% aceptó, pero bajo condición.

De estos datos podemos concluir que la muerte de los mitos no se decreta ni se declara por emergencia, éstos desaparecen cuando pierden su sentido, cuando dejan de tener significación para el colectivo. Oportuna es la opinión de Cornelius Castoriadis (2001) quien dice que los mitos “permanecen allí hasta que un cambio histórico lento o una nueva creación masiva venga a modificarlos radicalmente por otras formas” (1998:96).

Bibliografía

BARTRA, Roger (1987) *La jaula de la melancolía*. Grijalbo, México.

CASTORIADIS, Cornelius (1998) *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*. Gedisa, Barcelona.

COSÍO VILLEGAS, Daniel (2000) *La crisis de la Revolución mexicana*. En *Sólo Historia*. Instituto Nacional de Estudios e Historia de la Revolución Mexicana, INEHR, No. 7, Año 2, México, pp. 28-35.

LERNER, Victoria (2000) *La Revolución Mexicana y el siglo XX en México*. En *Sólo Historia*. Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, INEHR, No. 7, pp. 16-23.

*Profesora-investigadora
Comunicación Social de la ULA-Táchira.
E-mail: terejim69@hotmail.com

⁴El Proyecto Encuesta Mundial de Valores lo dirige el profesor Ronald Inglehart de la Universidad de Michigan y su propósito es estudiar los valores y creencias de 65 países en los últimos 20 años.

⁵La Encuesta fue nacional, representativa de 1535 personas mayores de 18 años, se realizó entre el 14 de enero y el 7 de febrero de 2000, en 74 ciudades con más de 15 mil habitantes, y con un margen de error de +/- 2.5%

⁶La encuesta se realizó en diciembre de 1999; la población encuestada superó las 50 mil personas, con un nivel de confianza de 98% y un margen de error superior de 4 puntos.